

ENSAYOS EN TEORÍA GENERAL DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO *

Antonio Sacristán Colás

(México)

La teoría del desarrollo o del crecimiento económico, va llegando a un grado de madurez que nos ofrece algo así como la formulación sintética de las ideas mejor asentadas en el pensamiento económico.

Es hoy difícil dar algún paso positivo en la teoría económica contemporánea sin tomar como camino o como armazón básico los principios del crecimiento.

Como tampoco se pueden olvidar sus postulados fundamentales ni en la formulación de las políticas económicas de cada comunidad política, ni en la explicación de los procesos de alto desarrollo observados en muchos países, especialmente después de la segunda Guerra Mundial.

Nos aclara también muchas confusiones, tanto ideológicas como políticas; y por ello he creído útil presentar a ustedes un resumen, con carácter evolutivo de las principales formulaciones, que les permita seguir el curso de estos trabajos, hasta llegar a lo que hoy puede considerarse como fundamental en la materia.

No tendría sentido, por otra parte, una exposición tan sintetizada de las ideas en boga, las más de las cuales son de todos conocidas, si no fuera para fundamentar ciertas consideraciones que me parecen oportunas, como de aplicación directa, al estado actual de la economía mexicana.

I

Titulo estas conferencias "Ensayos en teoría general del crecimiento", en vez de utilizar el término más usual, desarrollo, porque aquella expresión va ganando terreno a ésta, en los últimos trabajos sobre la materia, y porque denota mejor el propósito de estos cursillos, referirme más bien a los principios generales en que descansa el proceso productivo, que como es dinámico es crecimiento, en vez de tratar de examinar las razones, de por qué unos pueblos están más desarrollados que otros. A mi modo de ver, y esto aspiro a que llegue a ser la conclusión final de nuestro trabajo, las causas de la diferencia de riqueza de las naciones (para emplear la expresión precursora de la ciencia económica, hoy más presente que nunca), no están tanto en condiciones preestablecidas; como en la mecánica del proceso productivo, cuyas fuerzas generan por sí mismas, medios suficientes en todos los pueblos, para llegar a un nivel mucho mejor de aquél de

* Resumen de tres lecciones dictadas en la Escuela Nacional de Economía, marzo, 1961.

que gozan. Vamos a demostrar que se depende menos de factores reales, *que de la voluntad social y política de progresar*; entendiendo por ello, la coordinación inteligente de los esfuerzos de una comunidad social, y la tenacidad para remover obstáculos; las más de las veces mucho más débiles de lo que supone, y siempre inferiores a la fuerza de las ideas sanas y de la energía de los hombres de buena voluntad.

La señora Robinson en su libro más reciente, expresa en términos de economía familiar, la siguiente frase, que por su elegancia no nos podemos resistir a citar: "El grado de acumulación de medios que una familia consigue, es un efecto de su significación humana, y que se manifiesta en previsión, autodisciplina, sentido del deber respecto al futuro y su apetito por progresar económicamente."

Lo que con claridad se advierte para la más simple unidad social, ¿cómo no puede ser igualmente posible para los pueblos?

Se trata, simplemente de exponer los principios del crecimiento, o lo que es lo mismo, de tratar de poner de manifiesto los elementos de la dinámica económica.

Tales principios son conocidos y de conocimiento elemental para cualquier economista, pero por desgracia con frecuencia los olvidamos entre la complicación de ciertas preferencias de instrumentación técnica; ello nos confunde muchas veces sobre las posibilidades reales de desarrollo, en los casos particulares a tratar.

Mi propósito es poner estos principios al desnudo, en lo que en realidad tienen de comúnmente conocido y consentido, despojándolos de ciertas complicaciones de detalle que a veces oscurecen su funcionamiento radical.

Por ello estas conferencias van a tener inevitablemente el carácter de elementales, en las que ningún profesional ha de aprender nada, ni recoger casi nada nuevo.

Nos pueden servir, algo así, como de recordatorio de aquello que por sabido se olvida, o de esqueleto o armazón para razonar en problemas de aplicación, más elaborados.

Me atrevo a usar la expresión "teoría general", porque cada vez la teoría del crecimiento va siendo como ha llegado a ser, la *Teoría general de la ocupación*, de la cual aquélla, es su hijo legítimo, un centro de enfoque de toda la teoría económica.

Por tal razón las denomino "Ensayos" como hacen otros escritores, poniéndose a cubierto de intentar formular una teoría general; que por lo demás está ya casi completamente formulada, aunque todavía algo dispersa entre los más brillantes economistas contemporáneos.

Es, pues, éste un trabajo puramente didáctico, mostrar a ustedes lo que se ha escrito, a mi parecer, de más interesante, sobre el tema; sin

otra aportación personal que la que suele y debe hacer un maestro en su escuela; o más bien quizá, un ensayo metodológico, esto es, tratar de situar los elementos principales del proceso económico de crecimiento en su lugar, para que puedan ser examinados y discutidos por ustedes.

Como el proceso económico es dinámico por naturaleza, todo el proceso económico se puede equiparar a la teoría del crecimiento.

Y como en realidad a largo lapso (o salvo interrupciones temporales o anormales), todas y cada una de las economías crecen y crecen en movimiento que se acelera por sí mismo con mayor o menor ritmo, parece un enfoque muy apropiado, examinar el proceso económico como la acción de los factores que determinan el crecimiento.

Por ello en el análisis contemporáneo de los fenómenos económicos, se ha abandonado el instrumental estático, y no se tienen ya por válidos los principios del equilibrio, según los cuales una situación económica tiende a nivelarse por ajuste entre los diferentes factores; sino que por el contrario, cada situación engendra una tendencia, generalmente al alza, cuyas condiciones de persistencia o de ritmo dependen de la manera y medida en que los factores existentes, engendran los nuevos, se adaptan a los nuevos niveles de demanda y oferta, y así progresivamente y en un continuado devenir a cada instante de la vida económica, *que sólo de un modo artificial y puramente académico, se puede configurar en etapas o periodos.*

La raíz de esta dinámica hace muchos años (en los primeros tiempos de la ciencia económica) fue dada a conocer con el simple razonamiento que enfáticamente se ha dado en llamar ley de Juan Bautista Say —toda producción determina y crea la capacidad para consumirla—. Desde el uso directo que determina la necesidad de reponer las fuerzas físicas gastadas al obtener un bien, en la economía más primitiva; hasta el precio o remuneración del trabajo y ganancia en términos de medios de pago, en una economía del cambio, por elaborada y complicada que ésta sea. Y a mayor producción, necesariamente más consumo, se equipare o no con el valor de la producción misma, según la interacción de todas las variables del proceso; pero que siempre representan más producción y más consumo sobre la situación pasada, y mejores posibilidades para la ulterior.

Si contamos con una base física normal y con fuerza de trabajo aún no plenamente empleada, la producción crece en la medida del trabajo que se quiera emplear, y difícilmente será excesiva para saciar las necesidades de la comunidad, salvo si ésta carece de apetito; o de inventiva para crearse nuevas necesidades.

La aplicación de instrumentos —en definitiva de medios de capital— para obtener mayor producción, con igual o menor esfuerzo humano, es en definitiva “el progreso”. Y en él, el ingenio de los hombres y su esfuerzo, ha logrado tan portentosos avances, que en general puede afirmarse que en lo que se vislumbra, no obstante los tremendos crecimientos de la po-

blación, el hombre vive cada vez mejor, obtiene más producción y consiguientemente mayor abundancia de bienes de consumo y más alta satisfacción de toda clase de necesidades, muchas de las cuales que ni siquiera podían concebirse como tales, unos pocos años antes.

Si se conciben los bienes económicos como lo son en definitiva, un resultado de la producción, y no como una existencia estática e invariable, no se puede comprender que haya una razón económica que exija necesariamente el que, para que unos hombres tengan más, es necesario que otros se priven de satisfacer sus necesidades.

Y lo mismo que puede decirse de los individuos puede decirse de los pueblos o de las naciones.

Y, sin embargo, unas crecen más y tienen más, y otros individuos o países tienen menos o progresan menos rápidamente.

Ello depende sin duda de la cantidad del esfuerzo humano empleado y de la habilidad para aplicarlo; en medida más esencial de la capacidad de incrementar los bienes de capital. Y esta formación de capitales que es en definitiva en lo que el progreso consiste, depende a su vez del sacrificio del consumo, o sea de la producción no consumida o no pagada, y del ingenio y de la técnica humanos para conseguir medios de capital cada vez más elaborados y eficientes.

La diferente aptitud para el trabajo de los hombres y de los pueblos, es la más de las veces debida más a condiciones históricas, sociales o políticas, que a motivos básicos de raza o de naturaleza o riqueza, y ella es la causa de la desigualdad.

No hay duda alguna de que la fuente básica de todo ahorro, es la parte de trabajo no consumida, y cuando además de no consumida es no pagada, implica la acumulación capitalista que divide los pueblos en dos clases o sectores sociales.

En este sentido es absolutamente indiscutible aceptar como básica la formulación marxista, que el análisis contemporáneo no puede menos de considerar como esencial en la teoría de la formación de capitales.

Lo que no es estructuralmente cierto, es que la producción no consumida sea necesariamente no pagada, pues en definitiva en cuanto ésta no es consumida y vuelve a ser ofrecida como bien de capital, o aumenta la capacidad de producción o disminuye la necesidad de esfuerzo para producirla, y viene a ser forma de pago al esfuerzo del trabajo. Sólo en la desproporción de los consumos que practican unos sectores sociales respecto a los otros, es en lo que radica la desigualdad social, entre los miembros de una comunidad, como la de unos países con respecto a los otros.

El vaticinio marxista, de la progresiva depauperación de un sector social respecto a otro, por fortuna no se ha cumplido, y cada vez se acentúa más la tendencia a la igualdad en los consumos, no sólo porque la producción para aumentar requiere también el aumento del consumo, y sin él

no es posible el incremento del capital y del progreso, sino también porque el capital, cualquiera que sea el porcentaje de su participación en el producto o su rendimiento, es cada vez, en virtud de la inventiva y del ingenio humano, más productivo en relación a la cantidad de trabajo a que se aplica.

No es más que una fórmula aparente, el que para formar más capital se necesita sacrificar consumo, porque paradójicamente para que el capital aumente es necesario que el consumo aumente también. Es condición de progreso el que no se consuma una parte de la producción, pero es efecto y supuesto a la vez del progreso, el que los bienes disponibles para el consumo sean cada vez más abundantes. El capital es, y tiene que ser socialmente cada vez más productivo. Y allí vence el ingenio humano a la rentabilidad decreciente del capital que sería necesaria, si éste no se aplicara cada vez más inteligentemente.

Veamos ahora cómo tan elementales como conocidos razonamientos, siguen siendo la base de la mecánica de la producción y del crecimiento aun dentro de la complicación de la actual organización económica y del análisis contemporáneos.

En vez de hacer una exposición sistemática de las distintas elaboraciones teóricas, que he considerado útil tomar en cuenta haciendo un examen crítico completo de sus analogías y diferencias, lo que no habría cabido en el espacio de tres lecciones; he preferido tratar de recoger de cada una lo que me parece más esencial, para intentar reducirlas a ciertos principios elementales, generalmente consentidos.

Con ello tenemos alguna mayor garantía de estar en lo cierto, y así intentaré obtener una simplificación de los principios que rigen el proceso productivo, lo que permite mejor su inteligencia; y que si no es del todo completa, ha de ser por lo menos un cuadro en el cual situar los respectivos problemas y darles la consideración que necesiten.

I

La mal llamada *ley* de J. B. Say, que nunca fue formulada con la precisión que se le ha dado después, es el punto de partida esencial para la inteligencia del proceso económico y *lo que le define como dinámico*. Toda producción, genera la capacidad potencial de consumo consiguiente.

Esta expresión tan general y que a primera vista parece ser el arranque de una concepción dinámica, se llevó al extremo de suponerle una significación de equivalencia; apoyando en ella el supuesto equilibrio estático de la economía clásica; según el cual en una situación dada, los elementos de la oferta se ajustan a la demanda, en utilización máxima de los factores de producción.

Keynes pone de manifiesto, cómo no necesariamente el monto total

del gasto en la producción, se dedica a adquirir la producción misma, lo que revela que la demanda efectiva puede ser deficiente. Con ello destruye la formulación clásica de la teoría del equilibrio. Pero al propio tiempo, como la inversión es el determinante del monto en la demanda efectiva, sienta el principio fundamental de la dinámica económica; en la que, tanto estabilidad como progreso, dependen de variables independientes del sistema y que no necesariamente se ajustan por sí mismas.

Con ello, no sólo explica, lo que la teoría clásica solamente podría tratar de explicar con razonamientos tan elaborados como no realistas; el que pueda haber situaciones de equilibrio sin utilización plena de los factores de producción, y que también pueden existir, como de hecho han existido siempre, diferencias de nivel de vida entre las comunidades sociales que no hay por qué esperar que se ajusten automáticamente por el solo juego del libre intercambio internacional, suponiendo que éste existiera.

II

A Harrod, discípulo de Keynes en su libro *Towards a Dynamic Economics* (1946 y 1947 Conferencias en la Universidad de Londres, publicadas en 1948) se le sigue dando generalmente el crédito del enfoque dinámico de la economía keynesiana. Pues aunque la *Teoría general* parece contemplar el análisis estático a corto plazo, contiene elementos esencialmente dinámicos. Según Harrod, "colocación de la parte del ingreso destinada al ahorro significa el continuo crecimiento de uno de los determinantes fundamentales del sistema, la cantidad de capital disponible". "En una economía estática, se asume que el ahorro es caro."

El tratamiento del ahorro (a nuestro parecer mejor diríamos su equivalente, la inversión), es en la formulación keynesiana esencialmente dinámico, pues actúa como complemento del consumo, a diferencia del análisis clásico para el cual el ahorro no puede ser sino alternativo al consumo mismo.

Para él la formulación del *Treatise on Money* es más reveladora en cuanto en ella se consideran dos alternativas, inversión superior al ahorro y ahorro superior a la inversión.

En términos de la teoría de la preferencia a la liquidez, cuando el tipo de interés determinado por la preferencia a la liquidez está por bajo del nivel al cual el capital igual al ahorro, la inversión se estimula; y viceversa. Se refiere en el *Treatise* al análisis del ciclo económico. Mientras que, en la *Teoría general* contempla el crónico desempleo, allí donde el interés determinado por la preferencia a la liquidez, está por encima del nivel requerido para asegurar inversión, sin desocupación.

Una economía subdesarrollada es en definitiva un caso similar al de falta de empleo pleno. En una economía en expansión, se han de consi-

derar las interrelaciones entre la expansión de tres elementos; fuerza de trabajo, producción o ingreso, y cantidad de capital disponible. Se puede definir estáticamente una economía, cuando estas tres cantidades se suponen constantes.

El ahorro en la formulación keynesiana es determinado por la inversión. Sin embargo, Harrod lo considera como el elemento en que apoya su construcción dinámica, y lo toma como determinante del proceso de crecimiento. Pero como éste en su posición respectiva modifica también el nivel general de la producción, es difícil por ello, según él, que el crecimiento alcance estabilidad.

Para explicar la inestabilidad que postula, Harrod compara la ecuación del crecimiento efectivo o actual, con otra ecuación que expresa el supuesto en que el crecimiento multiplicado por el capital requerido, fuese igual al ahorro, y con otra en la que supone el empleo pleno.

La formulación precisa es la siguiente: crecimiento es el incremento de la producción total en un periodo, expresado como una fracción de la total producción. Multiplicado por la relación del aumento de capital al incremento producción en el mismo periodo, tiene que ser igual al ahorro expresado como fracción del ingreso.

Para que el avance sea mantenido, el coeficiente de capital tiene que ser el "requerido" o garantizado (*warranted*). Por consiguiente, se puede expresar como crecimiento garantizado en su estabilidad, aquel que multiplicado por el capital "requerido" para aquel coeficiente de crecimiento sea igual al ahorro ($Gw Cr = S$).

Ello da por supuesta una relación de capital a ingreso constante. Esto es, la innovación técnica se supone neutral y la tasa de interés constante.

Capital requerido para aumento de producción es un concepto marginal y que se calcula por coeficiente: nuevo capital "requerido" para nueva producción, dividido por el incremento de la producción.

Para él, la estabilidad permanente en el crecimiento, sería la tasa de crecimiento que llama garantizada o asegurada (*warranted*), o sea aquella según la que los inversionistas invierten, lo que la comunidad está dispuesta a ahorrar, a plena capacidad del nivel del ingreso, y mantenga la producción en tanto crecimiento, como permita el crecimiento del capital real debido a la inversión neta.

Es decir: $Gw = \frac{\int Y}{Y} = \frac{S}{cr}$ en la que S es ahorro expresado como fracción del ingreso y cr es el capital requerido, expresado como antes se ha dicho como coeficiente, es decir, relación nuevo capital a nueva producción.

Con ello supone también el valor equilibrado de la productividad, que es necesario para inducir inversión bastante que absorba la plena capacidad del ahorro, expresado como fracción del ingreso.

Supone un estado de crecimiento en el que la economía utiliza el capital plenamente, y así el avance es constante.

Veamos ahora los problemas de inestabilidad. G crecimiento efectivo o actual, es el incremento de la producción total en un periodo, expresado también como fracción de la total producción.

G multiplicado por el capital respectivo, no tiene por qué ser necesariamente igual al ahorro.

Ahora bien, si el crecimiento efectivo o actual, medido en la forma de coeficiente antedicha, es mayor que el garantizado, entonces el capital actual correspondiente al crecimiento actual, sería más bajo que el capital requerido para el avance garantizado —y entonces no habrá capital suficiente para mantener el avance.

El avance actual está por encima de la línea en la cual el crecimiento se puede mantener de modo consistente. Ello es para Harrod la más simple demostración de la inestabilidad del sistema. Inestabilidad que no tiene por qué ajustarse sino que tiende a mantenerse.

Ahora bien, las condiciones fundamentales o “naturales” del desarrollo, han de ser aquellas que el crecimiento de la población y el mejoramiento técnico permitan. A esta situación corresponde lo que llama “tasa natural”, la cual multiplicada por el capital requerido para ella, no tiene como la garantizada, que ser necesariamente igual al ahorro expresado en términos de fracción del ingreso, sino que puede ser igual, mayor o menor. Este crecimiento natural supone empleo total, es decir, excluye la idea del desempleo keynesiano.

El crecimiento natural, o fundamental, tiene que ser el límite máximo promedio de crecimiento efectivo en un periodo largo.

Después de un receso, el crecimiento puede estar por encima, de la tasa natural, pero no podrá mantenerse por largo tiempo.

Ahora bien, para determinar si la economía puede ser en periodo largo preponderantemente activa o deprimida, relaciona el crecimiento natural con el garantizado.

Si el crecimiento natural es superior al de garantía, no hay razón para que el crecimiento actual no exceda al de garantía. Y entonces, como el actual excede al garantizado, hay una tendencia al *boom*. Y mientras exceda del garantizado no hay razón para que el *boom* no perdure. Pero si el de garantía excede al natural, el crecimiento actual tiene que estar por debajo del de garantía, por cierto tiempo, pues el promedio del crecimiento actual en un periodo no puede exceder del natural. En tal circunstancia se debe esperar economía deprimida.

En definitiva: la divergencia de G_w y G_n expresa el problema de crónico desempleo. Mientras que la tendencia de G a separarse de G_w expresa el problema de los ciclos.

Como Keynes se funda en la demanda efectiva, de otro modo no se

podría comprender. Para Keynes el problema del desempleo descansa en la insuficiente demanda efectiva debida a una alta propensión marginal a ahorrar. La tasa garantizada de Harrod, del mismo modo, supone la plena utilización del capital, pero no la plena utilización de la fuerza de trabajo.

Para Harrod hay depresión cíclica cuando la demanda efectiva por error cae por bajo de la tasa garantizada. Y estancamiento secular cuando la garantizada tiende a exceder de la natural.

Keynes opera en una formulación estática y que a su vez postula la estabilidad aun en condiciones de no empleo total. Harrod es esencialmente dinámico y postula fundamental inestabilidad.

Por ello, como dice Kurihara, Harrod constituye el eslabón perdido que enlaza la formulación a corto plazo de Keynes con Marx; pues Harrod postula en definitiva la misma inestabilidad ínsita en el sistema marxista, como debida a la insuficiencia de la demanda efectiva, puesto que como ha puntualizado la señora Robinson, Harrod nos lleva a la teoría del ejército de reserva del trabajo que aumenta o se reduce, cuando el aumento de población crece más de prisa o más despacio que la acumulación de capital.

La señora Robinson llama a este último *desempleo marxista*, el que resulta de la falta de equipo en economías superpobladas, en contraste con el desempleo keynesiano, fruto de la deficiencia de la demanda efectiva.

III

Generalmente el modelo dinámico de Harrod se presenta asociado al de Domar *Essays in the Theory of Economic Growth*.

Lo está en sus formulaciones básicas, pero aporta consideraciones más directas que lo sacan de la formulación excesivamente abstracta de Harrod; y destaca otros elementos que aun estando ínsitos en la dinámica de Harrod, conviene señalar porque contribuyen a ver con mayor claridad uno de los elementos esenciales del progreso y al que las construcciones más recientes otorgan interés fundamental: me refiero al coeficiente de productividad.

La diferencia de la estática prekeynesiana, con la nueva teoría, está en que aquélla daba por supuesta la demanda. En una dinámica, la tasa de crecimiento de la demanda, no es función de la mera inversión, sino del crecimiento de la inversión.

Una economía está en equilibrio sólo cuando crece en cierta medida. Es decir, el concepto de equilibrio, temática esencial de la economía clásica, tiene que ser sustituido por el de crecimiento estable.

A semejanza de Schumpeter, quien no trabaja con el instrumental ahorro inversión, encuentra la inestabilidad del sistema, como Harrod, en la existencia de capital ocioso que desanima la nueva inversión. Ello in-

tensifica la inestabilidad. La paradoja del sistema consiste en que con una propensión dada a ahorrar, para eliminar el capital ocioso tiene que ser formado más capital, y para evitar la escasez de capital, la inversión tiene que ser reducida.

En su concepto actúan por fortuna como estabilizadores, las variaciones en la propensión a ahorrar, el sistema monetario y otros elementos que hacen que la inversión no esté solamente determinada por el grado en que el capital existente está utilizado.

El progreso tecnológico, los movimientos de la población, los gustos, etc., juegan un importante papel.

Mientras que el progreso técnico, desde un punto de vista estático, actúa como "desestabilizador", constituye el principal equilibrador en una economía en crecimiento.

No es cierto, tampoco, que la acumulación de capital reduzca la tasa de provecho, como suponen tanto la economía clásica como la marxista.

Según Domar, mientras que para Keynes la inversión es meramente un medio de generar ingreso; es decir, no se toma en cuenta que la inversión tiene también el efecto de incrementar la capacidad productiva, Domar destaca este doble efecto, genera ingreso por un lado y por el otro incrementa la capacidad productiva. Esto es, la inversión actúa en los dos lados de la ecuación, del lado de la demanda y de la oferta; lo que constituye para él el punto esencial para determinar cuándo el crecimiento puede ser estable.

No es en mi concepto exacto, que Keynes haya olvidado el incremento de la capacidad productiva de la inversión; sino lo que a la *Teoría general* le interesaba destacar, es que a corto plazo, aun desconsiderando el aspecto productivo de la inversión, ésta basta para generar mayor demanda efectiva. Tampoco Harrod la olvida. Sin embargo, contribuye mucho a aclarar la teoría del crecimiento, el énfasis que hace Domar en el efecto que también tiene la inversión, incrementar la capacidad productiva. Y éste es el principal mérito de su construcción.

En este sentido coincide con la apreciación de Kaldor a la que luego se hace referencia, para quien el incremento de la productividad es esencial al mecanismo. Y con la señora Robinson que pone en esto la diferenciación sustancial de la formulación marxista con la teoría contemporánea. Sólo en función de este elemento, se concibe que el proceso de acumulación de capital sea posible, sin la depauperación progresiva de las masas, prevista por Marx, y con el alza secular de los salarios reales, conforme la acumulación capitalista avanza.

El esquema de Domar es sencillo y parece bastante realista: una economía avanza en equilibrio cuando su capacidad productiva es igual al ingreso. Por ello, en vez de que el empleo sea una función sólo del ingreso, lo considera como función de la relación del ingreso a la capacidad productiva.

Si la inversión se produce a la tasa anual de I y s es la relación de la capacidad productiva de los nuevos proyectos, con el capital invertido en ellos $\frac{P}{I} = s$, la producción potencial anual de esos proyectos es Is .

Pero como la capacidad productiva puede crecer por menor suma, debido a distintos factores, entonces introduce σ —sigma— que se define como el potencial promedio de la productividad de la inversión, y la expresa $\sigma = \frac{\frac{dP}{pt}}{\frac{I}{I}}$. Es decir s es relación capacidad productiva en nuevos proyectos

a capital invertido en ellos. Es el máximo que σ —sigma— puede alcanzar. Los errores en la inversión son los que pueden producir, también, una diferencia en s y σ .

Si suponemos que s y σ son constantes, entonces $\left(\frac{dP}{d}\right) = I\sigma$.

El aumento de la productividad es esencialmente el lado de la oferta del sistema.

Del lado de la demanda toma la teoría del multiplicador; es decir, con una dada propensión marginal a ahorrar $\frac{(dY)}{dt}$ es una función, no de I sino de dI/dt .

Cuando σ es igual o relativamente igual a s , se genera bastante inversión e ingreso para mantener el crecimiento.

Cuando σ es inferior a s , la inversión va por bajo de s y se destruye el equilibrio.

Para la comunidad en general, inversión significa más capital y también más trabajo, a diferencia de lo que sucede con la firma individual.

En resumen, para un continuo estado de empleo pleno se requiere que la inversión y el ingreso crezcan a una tasa constante anual relativa (interés compuesto) igual al producto de la propensión al ahorro por productividad promedio de la inversión.

Por lo tanto, en su concepto, para compensar el efecto del atesoramiento no basta, como se puede suponer del concepto keynesiano, *con la inyección de nuevo dinero; es menester que éste incremente también la productividad*.

El sistema de Domar significa: dada una propensión marginal a ahorrar constante y una productividad también constante, la inversión neta tiene que crecer en α por σ ; esto es, en el producto de la propensión marginal a ahorrar por el potencial promedio de la productividad de la inversión.

Es decir, si del lado de la demanda, esto es, el incremento de la inver-

sión partido por la propensión marginal del ahorro $\frac{(\Delta I)}{d}$ y el de la oferta productiva marginal por inversión $(\sigma I)\frac{\Delta I}{\alpha}$ están balanceados para mantener el empleo, el numerador ΔI implica la demanda expresada como el multiplicador de Keynes y el denominador oferta vía productividad.

En resumen: para que una economía con expansión de capital pueda mantener empleo pleno, es menester que el incremento de la capacidad productiva, esté compensada por igual incremento de la demanda efectiva debida a un aumento de la inversión.

IV

Como puede observarse, tanto la formulación de Harrod como la de Domar, suponen volver la vista a un terreno explorado hace tiempo por Marx y que hoy debe tomarse en cuenta en cualquier formulación de una teoría del crecimiento. Nos referimos al principio de acumulación del capital.

Su examen añade contribuciones esenciales a la teoría del crecimiento, y para tratarlo vamos a seguir fundamentalmente la sinopsis elaborada por la señora Robinson, en su conocido libro *La acumulación de capital* (trad. esp. F.C.E., 1960).

Para la señora Robinson la paradoja ideológica contemporánea consiste en que el principio de acumulación marxista es la mejor defensa del capitalismo. Por lo que, siguiendo fielmente el principio marxista, el socialismo o la apropiación por el Estado de los medios de producción no sería en ningún caso, económicamente hablando, necesaria.

El arranque central de la teoría de la acumulación descansa en *el hecho de que la diferencia entre el valor en venta de las mercancías y el monto de los salarios, impide al trabajador comprar la totalidad de la producción y le obliga a compartirla con otros consumidores*.

El exceso es igual al monto de los salarios de la inversión bruta, más el gasto en consumo proveniente de las ganancias. Ésta es la formulación marxista de la plusvalía del capital. Llámese así, califíquese de ahorro igual a inversión en el sentido keynesiano, o "excedente económico", ello es la base del progreso.

Progreso es, en mi concepto, formación de bienes de capital —o para producir bienes con menos esfuerzo— en una economía desarrollada y sin crecimiento, o para producir más bienes para un mayor número de consumidores con igual o mayor fuerza de trabajo.

El ahorro es el excedente de lo recibido por el público (salarios, renta, dividendos), de los empresarios, respecto a los pagos hechos por los empresarios; y por lo tanto a la deuda total de éstos con el público.

Cuanto más gastan empresarios y rentistas en inversión y en consumo, reciben una cuasi-renta mayor.

Para que haya ganancias, tiene que haber excedente de la producción obtenida sobre el consumo, pero también es necesario que los empresarios hagan inversiones. *Sin ganancias no pueden acumular, pero sin acumulación no hay ganancias.*

Si los empresarios no tienen deseos de invertir, la cuasi-renta es igual a las amortizaciones y no hay acumulación ni utilidades.

El empresario en particular se beneficia con el bajo salario real, pero el conjunto sufre por el limitado mercado que comporta un bajo nivel de salarios reales.

La tasa de acumulación tiene que aumentar con el crecimiento de la población.

Como no se puede concebir una economía en que la *ratio* entre capital y trabajo aumente apreciablemente sin aumento de innovaciones técnicas, destaca el hecho de que la acumulación, como tal, tiende a aumentar los salarios, en tanto que el avance técnico compensa la baja relativa de las ganancias que ocurriría sin el avance técnico.

Sinópticamente la señora Robinson expresa así la teoría de la acumulación a largo plazo. Destacamos lo esencial:

La tasa de progreso técnico y la tasa de aumento de fuerza de trabajo, rigen la tasa de crecimiento de una economía, que puede ser mantenido a tasa constante de ganancias. La *ratio* de crecimiento potencial es proporcional al aumento de ocupación, más el porciento de producción por capital.

Un estado estático es aquel en que no consumiéndose las utilidades, la ganancia es cero y los salarios absorben el total del producto bruto.

La tasa de crecimiento representa la tasa de acumulación más alta, y ésta a su vez depende de la tasa de incremento de la fuerza de trabajo. Y puede mantenerse permanentemente a tasa constante de ganancias.

A tasa más baja de acumulación surge la desocupación. Ésta puede, al cabo de algún tiempo, ser rebasada, reduciéndose la desocupación. Se puede acumular en tasa más alta que la de crecimiento, aun sin mano de obra desocupada, aumentando la mecanización.

La economía entonces experimenta tasa decreciente de ganancias y reduce la acumulación.

Un cambio en la tasa de crecimiento, necesita un aumento de la capacidad productiva en el sector inversión, o disminución de consumo.

A la inversa, el ajuste a tasa inferior de crecimiento, implica o desempleo o aumento de consumo.

Aun cuando la tasa de crecimiento sea estable, hay germen de desocupación, puesto que a medida que aumenta la existencia total de capital, disminuye el deseo de acumular, y en ello estriba la inestabilidad del sistema.

Coincide en cierto sentido, dice Kurihara con la formulación ricar-

diana por vía Keynes. La acumulación de capital aumenta al reducirse el salario real, y se debilita en el caso contrario; siempre y cuando (y esta es la diferencia esencial) las condiciones técnicas de la producción permanezcan sin cambio.

La tasa de crecimiento depende del salario real, de la productividad del trabajo y de la relación capital-trabajo.

El equilibrio en la economía capitalista, depende, según la señora Robinson, de la relación ganancia-salario.

Dado un estado de técnica, la redundancia del trabajo conduce a la disminución del salario monetario, ésta conduce a la baja del salario real, si los precios permanecen constantes por razón de monopolio.

Si el salario real se reduce, aumenta el crecimiento del capital vía reducción de la relación: salario real a ganancia. La inversa es cierta cuando la acumulación de capital avanza más que el crecimiento de población.

Si la productividad del trabajo crece más que el salario real (con una relación trabajo-capital constante), la tasa de crecimiento del capital aumenta.

Al bajar la relación capital-trabajo, sin cambios en la relación salario-ganancia, la tasa de crecimiento de capital aumenta también.

El problema surge cuando la baja de la tasa de la intensidad del trabajo va acompañada de una baja más que proporcionada, en la productividad del trabajo relativamente al salario real.

De la comparación que hace Kurihara del modelo de la señora Robinson con las fórmulas de Harrod y Domar, resulta que fundamentalmente son las mismas, con las siguientes diferencias:

La señora Robinson hace depender el crecimiento más del lado del trabajo y por ello, en mi opinión, es más realista que Domar-Harrod, que hacen más hincapié en el lado del capital. Esto es, Harrod-Domar más keynesianos, descansan en la relación de ahorro con el total ingreso nacional; y no solamente como la señora Robinson, a la parte del ingreso que significa ganancias, en relación con el salario. Y ello en términos de mercado puede ser más realista.

Conviene más a una economía capitalista, y siempre que se observen las reglas del juego capitalista; puesto que según sus tesis, no se puede crecer más que a expensas del precio del trabajo relativamente al precio del capital (tasa de ganancias, como σ de Harrod, la productividad del trabajo); mientras que la formulación Harrod-Domar, más capitalista en sus fundamentos, puede ser construcción más universal, aplicable tanto a una economía capitalista como a un sistema socialista.

Su principal contribución es integrar (seguimos a Kurihara) la teoría clásica de la distribución y el valor, en la formulación keynesiana, "ahorro-inversión".

Por ello, aun postulando la inestabilidad, se concibe, según ella, una

mayor posibilidad al auto-ajuste, vía variación ganancias salario que la que resulta de descansar en la inversión inducida, como hacen los modelos Harrod-Domar.

V

Los tres sistemas examinados en la conferencia anterior, discurren sobre la posibilidad de un crecimiento balanceado.

La igualdad inversión-ahorro elemento de la formulación a corto plazo keynesiana, sólo es posible cuando el *stock* de capital es constante.

En un tratamiento dinámico en el que no puede suponer esta condición, se formula la pregunta de cuándo el crecimiento puede ser estable o balanceado.

La esencia del crecimiento balanceado estriba en que la demanda efectiva y la capacidad productiva, puedan estar en equilibrio para mantener un crecimiento estable, sin capacidad disponible de capital o trabajo redundante.

Kurihara denomina tasa de crecimiento socialmente óptima, a la máxima tasa de crecimiento de la producción, compatible con el pleno empleo de una creciente población trabajadora y una creciente tendencia de la productividad del trabajo.

Para Harrod esta condición se da cuando el ingreso nacional crece en la misma suma que la capacidad productiva, estando dados la tasa de ahorro s y la relación capital-producción v . Su tasa garantizada implica que la capacidad productiva debe crecer a tasa constante s/d ahorro, dividido por capacidad productiva.

Cuando la capacidad productiva crece más que la demanda efectiva (como puede suceder en los países avanzados) aparece la tendencia al estancamiento. Cuando la capacidad productiva es menor que la demanda (como puede suceder en los no desarrollados) aparece la tendencia hacia la inflación.

Si se tiene en cuenta que en una economía no basta igualar la capacidad productiva a la demanda efectiva, sino que también se han de ajustar al crecimiento de la población, se llega a la misma formulación de Kurihara como tasa socialmente óptima.

Tanto la tasa garantizada como la tasa natural, suponen una productividad constante.

Domar, en cambio, al sustituir la relación capital-producción de Harrod por su recíproco "productividad de la inversión σ (sigma)" y tomar en cuenta la propensión al ahorro, introduce el multiplicador en el lado de la demanda.

Su desventaja respecto a Harrod descansa en que no tiene en cuenta la tasa natural que supone el pleno empleo, mientras que Domar lo da como condición esencial.

Ambos dan como constantes las relaciones capital-producción; capital-trabajo y trabajo-producción.

La señora Robinson toma en cuenta, como hemos visto, sus variaciones, según las reglas del juego capitalista, inspirados en la relación ganancia-salario real.

Harrod-Domar al dar por constantes las relaciones de capital-producción y trabajo-producción, dan más énfasis a la acumulación de capital que tiende en una economía avanzada a sobrepasar el crecimiento de la población; mientras que en el modelo de la señora Robinson se considera como caso más típico aquel en que el crecimiento de la población tiende a sobrepasar la acumulación de capital.

Los modelos de Harrod y la señora Robinson acentúan los problemas de inestabilidad, especialmente en términos de *laissez faire*, mientras que el modelo de Domar al tener presente la inversión autónoma, presupone una mayor posibilidad de estabilidad.

VI

Veamos ahora la construcción de Kalecki: su exposición se puede resumir:

Que el producto nacional bruto está determinado por la inversión. *“Éste llegará al punto donde las ganancias que se obtienen de él, correspondan al nivel de la inversión.”*

Se puede determinar el producto nacional bruto, sobre la base de las ganancias, las que a su vez están determinadas por la inversión.

Los cambios de distribución del ingreso ocurren, no por vía de cambios en las ganancias, sino a través de un cambio en el ingreso o producto bruto.

El monto de la inversión y el consumo determinan las ganancias, ya que éstas no pueden variar al arbitrio de los capitalistas.

Las ganancias son determinadas totalmente por la inversión, tomando en cuenta un cierto periodo de retraso.

En supuesto de presupuesto gubernamental y excedentes de exportaciones en equilibrio y no ahorrando los trabajadores, la inversión es igual al ahorro de los capitalistas.

De lo que se deduce que el ahorro va delante de las ganancias, ya que el consumo de los capitalistas en un cierto periodo es el resultado de las decisiones basadas en las ganancias pasadas y como éstas varían, el ahorro presente no corresponde al uso previsto del ingreso.

La tasa de decisiones a invertir es función creciente del ahorro bruto interno actual de las empresas y de la tasa de reinversión de las ganancias totales, y función decreciente de la tasa de variación del acervo de capital.

En conclusión, es función creciente del nivel de las ganancias y decreciente del acervo de capital.

Como la inversión crea automáticamente una cantidad igual de ahorros, por lo que se financia a sí misma, cualquiera que sea el nivel de la tasa, es el valor de las transacciones y la oferta de dinero por los bancos, lo que determina el tipo de interés a corto plazo.

La piedra angular de la teoría cuantitativa del dinero es que v (velocidad) es constante. Como la velocidad de circulación depende en realidad de la tasa de interés que está determinada por el valor de las transacciones y por la oferta de dinero bancario, la velocidad, en conclusión, es función creciente de la tasa de interés.

Kalecki hace hincapié en la innovación técnica, no con el mismo alcance de la capacidad productiva de Domar, sino como un elemento, que unido a las ganancias, actúa como determinante en la inversión. Las innovaciones aumentan la inversión por encima de los determinantes básicos.

Congruente con su propio sistema, sería considerar la innovación técnica como elemento esencial del incremento de la capacidad productiva.

El crecimiento demográfico proporciona condiciones para el desarrollo, pero en su concepto no es determinante de la inversión ni aun por vía de la baja de los salarios. El aumento de población no es estímulo a la inversión por perspectiva de mejores mercados. "El mercado no se ensancha porque aumente la gente pobre."

Kalecki sin reconocerlo explícitamente, es más keynesiano que la formulación de arranque keynesiano de Harrod-Domar y de la señora Robinson, quien, a su vez keynesiana, se apoya más en la formulación marxista.

VII

De P. A. Baran quisiéramos recoger su expresión "excedente económico" como denominación muy certera de la producción no consumida. Ésta es la diferencia entre la producción real generada por la sociedad y su consumo efectivo corriente. Es una parte de la plusvalía del capital de Marx. Precisamente aquella que está siendo acumulada.

Pasamos por alto el análisis directo de Newman y Leontief para aludirles inmediatamente en el examen comparativo con las formulaciones keynesianas que hace Kaldor en las conferencias que dio recientemente en México en el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos.

Y con esto llegamos a las formulaciones de Kaldor, quizás las más completas y seguramente las que revelan una mayor madurez en la formulación de los principios del crecimiento con la base keynesiana.*

Toma como punto de partida el análisis comparativo de las construcciones insumo-producto de Newman, con las formulaciones macroeconómicas keynesianas.

* Usamos también su colección de ensayos en *Economic Stability and Growth* publicados en Londres, 1960, y en su artículo "El crecimiento económico y la inflación", publicado en *EL TRIMESTRE ECONÓMICO* de enero-marzo, 1961.

La tasa real de crecimiento, según el modelo circular, es la tasa esperada de las ganancias multiplicada por el ahorro que se realiza del total de las ganancias $g = rSp$. Ecuación fundamental de la teoría dinámica. Y por lo tanto r (ganancias) $= \frac{g}{Sp}$.

La tasa máxima de crecimiento se alcanza cuando las ganancias sean las más elevadas. Y como la tasa máxima de crecimiento no puede exceder del crecimiento de la fuerza de trabajo, tenemos en definitiva la formulación keynesiana.

Es decir, la tasa esperada de las ganancias $r = \frac{g}{Sp}$ es igual a la tasa de crecimiento dividida por la propensión a ahorrar ganancias.

Cuando la tasa de crecimiento del producto sea igual al crecimiento de población, $g = l$, tenemos que la tasa esperada de las ganancias será igual a la tasa de crecimiento de la población dividida por la propensión a ahorrar de las ganancias $r = \frac{l}{Sp}$ que es exactamente la formulación marxista.

De ello se desprenden consecuencias esenciales cuando se trata de la aplicación de los principios generales al desarrollo o a los diferentes estadios del desarrollo económico.

La proposición marxista $g = \lambda$ a la tasa máxima posible de crecimiento de la fuerza de trabajo, incurre en la contradicción de considerar la fuerza de trabajo como el único factor escaso (al ser éste el único elemento que crea valor); y por otra parte, establecer la existencia del ejército de reserva que es el factor que determina el que los salarios se mantengan al límite de subsistencia.

La experiencia ha demostrado que esta suposición es errónea y que el crecimiento del producto ha excedido al crecimiento de la fuerza de trabajo.

Kuznets ha hecho estimaciones demostrativas de la elevación de los niveles de vida en los últimos doscientos años, que son decisivas a este respecto.

Las aportaciones esenciales de Kaldor, que nos permiten entender mejor su construcción teórica, son las siguientes:

En primer lugar, con un enfoque dinámico, no es posible concebir una situación de equilibrio en subempleo, salvo que la inversión inducida fuere igual a cero.

Es decir, es imposible concebir un equilibrio en movimiento de crecimiento, en un estado de subocupación; dicho equilibrio en crecimiento tiene que ser forzosamente uno en que crece la capacidad productiva, y donde la inversión inducida es mayor que cero. En este caso, el margen de utilidad está por encima del nivel económico y la distribución del in-

greso tenderá a ser tal que generará la misma proporción del ingreso ahorrado que de inversión en la producción.

En segundo lugar, señala que en el análisis keynesiano hay elementos bastantes para postular una tendencia al equilibrio en empleo pleno, puesto que las variaciones en la fuerza de la demanda ocasionan variaciones del nivel de precios en relación a los costos. Estas variaciones tienen a su vez poderosa influencia sobre la propensión al ahorro, al consumo y en consecuencia, ajustan el nivel de la demanda efectiva con la oferta disponible, según los recursos existentes.

Cuando una inversión relativamente alta, genera una elevada demanda efectiva, se producen también altas utilidades y éstas proporcionan el ahorro necesario para el funcionamiento de la inversión. Cuando la demanda efectiva es baja las utilidades lo son también, y la propensión al consumo, relativamente alta (caso normal de economías poco desarrolladas).

El hecho de que los precios suban o bajen, bajo la influencia de la demanda, engendra una tendencia automática hacia la ocupación plena, dentro de ciertos límites.

Ello justifica por qué el mecanismo de ajuste, operó bien, en largos periodos, antes de la primera Guerra Mundial. Y no por el ajuste clásico, del ahorro disponible para inversión a través del mercado, sino por la influencia de la demanda efectiva sobre la utilidad y, por consiguiente, en la generación del ahorro.

El fenómeno de la inversión generando ahorro, es tan difícil de apreciar a primera vista, como tan fácil de comprender, del mismo modo que es difícil de apreciar y fácil de entender, la apariencia del Sol girando alrededor de la Tierra, en vez de la realidad, de que ésta gira alrededor del Sol. Y a Galileo también se le consideró como un revolucionario.

Las determinantes keynesianas, sigo citando a Kaldor, propensión a la inversión y al ahorro, y la teoría del multiplicador, tienden menos a influir en la ocupación que en la distribución del ingreso entre utilidades y salarios, cuando existe ocupación plena.

En tercer lugar, intuición o consecuencia del proceso de crecimiento tal como lo concibe, es considerar la innovación técnica (entendiéndose ésta en sentido lato), no como un factor que se supone neutral como en Harrod o complementario del crecimiento de la productividad, debido a la acumulación de capital como en Domar, sino que necesariamente una y otra van de la mano.

Yo me atrevería a enfatizar que la acumulación de capital es la consecuencia de la innovación que hace posible el crecimiento con elevaciones de los niveles de vida de las clases trabajadoras. En cuanto la innovación técnica se asimile al crecimiento de la productividad, del pronóstico marxista, se pasa al keynesiano.

Sin innovación técnica la tasa esperada de las ganancias es igual a la tasa de crecimiento de población dividido por la propensión a ahorrar. Con innovación que incremente la productividad, la tasa esperada de las ganancias $r = \frac{g}{Sp} = \frac{\lambda}{Sp}$; coincidencia de la formulación marxista con la keynesiana. Sin la innovación y considerando como abstracto el crecimiento de la población, el proceso de acumulación llegaría a su fin.

En la medida en que una economía, sigue Kaldor, es capaz de aceptar la innovación, esto es, en la medida de su "dinamismo técnico" como él lo llama, la tasa de acumulación de capital y la tasa de crecimiento, son mayores o menores. La función de producción no es homogénea ni lineal. Las productividades marginales de capital y trabajo no pueden servir para determinar el factor precios, ya que la suma excederá en mucho el producto total. Y, por último, siguiendo en proceso similar al de Kalecki que considera que el producto nacional bruto es igual a la suma de la inversión y el consumo privados, sin considerar el ahorro de los trabajadores, llega a hacer depender la tasa de utilidades de la tasa de crecimiento.

Como también en el modelo de Von Newman, la tasa de las utilidades depende de la tasa de crecimiento y de la proporción de utilidades ahorrada.

En una economía que crece constantemente y que tiene proporciones constantes de distribución del ingreso, la tasa de crecimiento de la producción, será igual a la tasa de crecimiento de las utilidades.

La conclusión es que la eficiencia marginal del capital depende de cuán rápidamente crece una economía (o cuán rápidamente crecen las utilidades) y no de la proporción del capital existente, en comparación con la mano de obra. En economías avanzadas y bien dotadas de capital, con frecuencia las utilidades son mayores que en países con escaso capital relativamente a la mano de obra.

Tratemos ahora de hacer una exposición precisa de los principios del equilibrio en el crecimiento expuesto por Kaldor, tal como resultan de las conferencias pronunciadas aquí en México en el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, y que en el orden cronológico de las fuentes referidas anteriormente, es el trabajo más reciente por nosotros conocido, pues el artículo publicado en EL TRIMESTRE ECONÓMICO es un resumen de unas conferencias pronunciadas en Londres en 1959.

Parte de las formulaciones Harrod-Domar, o más bien, como veremos, solamente de Harrod.

Según Harrod, la tasa garantizada de equilibrio del crecimiento a la que nos hemos ya referido, está determinada por el incremento de la capacidad productiva. ($Gw = \frac{s}{v}$ = propensión a ahorrar / relación capital producto).

Mientras que la tasa natural de crecimiento equilibrado está determinada por el crecimiento de la fuerza de trabajo ($Gn = l + t$) o sea crecimiento de la población, más la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo que denominamos t . Harrod como se recordará supone, pues, crecimiento en empleo pleno.

Ambas tasas, sólo por accidente coinciden según supone Harrod, pues $Gn = Gw$, implica $\frac{s}{v} = \frac{l}{t}$, es decir cuatro variables independientes, y en ello estriba la tendencia a la inestabilidad del sistema económico.

Sin embargo, para Kaldor, existe entre ellas una relación recíproca.

El que el crecimiento se aproxime o no al equilibrio, depende del comportamiento de las variables en ellas contenidas, esto es, propensión al ahorro, crecimiento de la población y crecimiento de la fuerza de trabajo. Suponiendo, como él supone, constante la relación de productividad expresada por Harrod como relación capital-producto v y por Domar con su recíproco $\frac{1}{v}$ productividad. Es decir, que el progreso técnico fuese neu-

tral. No quiere decir que no lo haya, sino que el progreso técnico no afecte la tasa de crecimiento. Esta relación de capital a producto se puede expresar por $\frac{K}{Y} = \text{stock capital}$, es decir $v = \frac{K}{Y}$.

Y si suponemos, siguiendo a Keynes, que la participación de la inversión en el producto esté determinada por el aliciente a invertir, independientemente de la propensión a ahorrar $s = \frac{I}{Y}$; $\frac{P}{Y} = \frac{1}{Sp} \cdot \frac{I}{Y}$, esto es la ecuación fundamental keynesiana.

Y si la ecuación de Harrod para el equilibrio garantizado que dice $Gw = \frac{s}{v}$; esto es $s = Gw \cdot v$; se sigue $\frac{I}{Y} = Gw \cdot v$ y de ahí que $\frac{P}{Y} = \frac{gv}{Sp}$; y puesto que $r = \frac{P}{K}$ a su vez igual $\frac{P}{Y} \cdot \frac{Y}{K}$; $r = \frac{P}{K} = \frac{gv}{Sp} \cdot \frac{1}{v}$ lo que es igual a $\frac{g}{Sp}$, que es la ecuación dinámica fundamental.

Por otra parte, la tasa de crecimiento demográfico, no puede considerarse totalmente independiente; pues depende del aumento de los medios de subsistencia.

Si la tasa natural de crecimiento de Harrod $Gn = l$ (crecimiento de población) $+ t$ (crecimiento de la fuerza de trabajo); y ésta es función de los niveles de subsistencia, $l = f(Wr)$ cuando $f(Wr) = \lambda$.

Tendríamos que cuando la tasa de crecimiento del producto determinado por el incremento de la productividad del trabajo (Gt) fuese superior

a la tasa máxima de crecimiento de la fuerza de trabajo λ (lambda), la tasa real de crecimiento de la población (lt) tenderá a igualarse con la tasa máxima de crecimiento de la fuerza de trabajo. Es decir, sería el mayor crecimiento posible (si $Gt > \lambda$; $lt = \lambda$).

Si la tasa de crecimiento del producto determinado por la productividad del trabajo, es inferior a la tasa máxima de crecimiento de la fuerza de trabajo λ (lambda); el crecimiento de la población tenderá a ser igual al crecimiento del producto. Si ($Gt < \lambda$; $lt = Gt$).

Examinemos ahora la variable, crecimiento de la productividad de la fuerza de trabajo:

El incremento de la tasa de la productividad es igual a la tasa de incremento de un periodo al otro $\frac{y'}{y}$. Por lo tanto, será una función φ (phi) de la inversión $\left(\frac{I}{y}\right)$.

Como el acervo de capital K guarda a largo plazo, una relación constante con el monto del ingreso Y , podemos expresar la misma relación en función de la tasa de inversión.

$$Y \text{ así } t = \frac{y'}{y}, \text{ o bien } \varphi\left(\frac{I}{y}\right)$$

La tasa de incremento de la productividad tendrá su valor máximo γ (gamma) cuando la tasa de incremento del ingreso sea igual a la tasa de incremento del capital. Este sencillo teorema lleva a Kaldor a la conclusión clave del mecanismo del desarrollo. Cuando la tasa de incremento del capital es igual a la del ingreso, muestra la máxima capacidad de la economía para absorber las innovaciones técnicas.

Es decir, cuando $\frac{y'}{y} = \frac{K'}{K}$; r alcanza su valor máximo γ (gamma) que tiene naturalmente significación progresiva.

De ahí que la tasa máxima de crecimiento del producto esté determinada por la máxima tasa de aumento de la fuerza de trabajo λ (lambda) y la tasa máxima de incremento de la productividad γ (gamma):

$$G = \lambda + \gamma \text{ y como } \frac{I}{Y} = gv; \frac{I}{y} = (\lambda + \gamma) v$$

$$Y \text{ como } \frac{P}{K} = v = \frac{g}{sp} \text{ (cuando el ahorro de los salarios es cero)}$$

$\frac{P}{K} = \frac{\lambda + \gamma}{sp}$; y en forma similar $\frac{P}{y} = \frac{gv}{sp}$ luego $\frac{P}{y} = \frac{\lambda + \gamma}{sp} v$, lo que expresa en términos keynesianos, la ecuación dinámica fundamental.

Es decir, la tasa de inversión $\left(\frac{I}{y}\right)$ es igual a la tasa máxima de crecimiento de la fuerza de trabajo, más la tasa máxima de incremento de la productividad, multiplicada por la relación capital a producto.

Y la tasa esperada de ganancias $\frac{P}{K}$ será igual a la tasa máxima de incremento de la fuerza de trabajo más la tasa máxima de incremento de la productividad dividida por la propensión de ahorrar ganancias.

Ahora bien, como la tasa de ganancias $\frac{P}{Y}$ más la tasa de los salarios es igual a la unidad $\left(\frac{P}{y} + \frac{W}{1} = 1\right)$ la tasa de los salarios será igual a la

unidad menos la tasa de ganancia, o sea $1 - \frac{\lambda + \gamma}{sp} \nu$. Es decir, la tasa de los salarios es igual a la unidad menos la tasa de ganancia (tasa máxima de crecimiento de la fuerza de trabajo más tasa máxima de aumento de la productividad, multiplicadas por relación capital-producto y divididas por la propensión a ahorrar ganancias).

Esta relación keynesiana para que se realice exige que el nivel de salarios w sea superior al mínimo de subsistencia.

Ahí es donde se muestra, a mi parecer, su diferencia con el marxismo, en méritos del incremento de la productividad debida a la innovación técnica

Y también se requiere que $\frac{P}{K}$ sea igual al precio de la oferta de capital para inversión.

Como se desprende de todo lo anterior, la tasa de crecimiento estará determinada por el crecimiento de la población y por la capacidad de la sociedad para absorber innovaciones técnicas.

(Fórmula parecida en cierto modo aunque más elaborada a la de Domar, que utiliza sólo productividad, y a la de Kurihara para su tasa socialmente óptima.)

Así pues, se propenderá a un equilibrio de crecimiento balanceado, siempre y cuando el nivel de productividad sea lo bastante alto para que las proporciones de inversión sean $(\lambda + \gamma) \nu$ se satisfagan las necesidades de consumo con parte de las utilidades generadas por esta inversión, que depende de sp ; y el salario real exceda al precio mínimo de la oferta de mano de obra (nivel de subsistencia).

La tasa de crecimiento dependerá del "dinamismo técnico" (capacidad para absorber innovaciones) y el ahorro desempeñará papel pasivo.

Y el salario real incrementará en la misma tasa que el producto *per capita*; esto es, sería constante la participación del salario en el producto.

Siempre y cuando el dinamismo técnico tenga cierta magnitud, el progreso técnico debe proporcionar aumento de producto *per capita*, capaz de compensar el descenso de la productividad del trabajo debido al aumento demográfico.

Cuando el dinamismo técnico caiga por bajo de esa magnitud crítica, la economía se acercará al crecimiento equilibrado, pero el incremento del producto será igual al de incremento de la población, con lo cual habrá una situación de estancamiento del ingreso *per capita*.

Cuando no obstante se produzca crecimiento *per capita*, el nivel de productividad no fuese bastante para permitir una acumulación de capital que corresponda $(\gamma + \lambda)$; la economía crecerá a tasa inferior a la del equilibrio balanceado; que retarda el incremento del salario real y el consumo; es decir, estará aumentando la participación del capital en el ingreso, y la relación de la inversión con el producto.

IX

De la exposición que hicimos de la evolución del pensamiento económico, en materia de teoría del crecimiento, resultan algunos principios esenciales comunes, que aunque no son apreciados en forma absolutamente idéntica, reflejan un indudable sentir común, lo que nos permite señalarlos como bases, que en el estado actual de la cultura económica cabe considerar como incontrovertibles.

En primer lugar, que el proceso económico es dinámico por excelencia, de modo que su efecto productivo crea los elementos para un desarrollo ulterior, y así continuadamente, sin lapsos o periodos. No hay, pues, un equilibrio estático; ni se pueden observar los fenómenos económicos reales con este criterio. Y, por lo tanto, hasta como instrumental de razonamiento, es poco útil suponer situaciones dadas como invariables.

Así mismo, el proceso dinámico es crecimiento y crecimiento real de bienes económicos en general. Y salvo, oscilaciones anormales a corto plazo, en los más de los casos, de reducción del avance, más que de retroceso, la producción, el ingreso y los niveles de vida crecen, más o menos constantemente y con mayor o menor ritmo.

El elemento dinámico es la propia producción, que genera necesariamente consumo con qué absorberla, en mayor o menor medida. Esto es, la demanda efectiva es mayor, al ser mayor la inversión.

La estructura de la organización de la producción: capitalista como socialista, provee a que el productor no consuma la totalidad de su producto (llámese a la diferencia ahorro, plusvalía del capital o excedente económico). Ello hace posible la acumulación de capital con lo que se procura mejor productividad del trabajo aplicado a producir. Mientras este excedente de la producción sobre el consumo, no se aplique invirtiéndolo

en nueva producción, no hay utilidad real del capitalista. Es, pues, el principio de acumulación del capital, el que hace posible el crecimiento y el incremento de la productividad; y el grado de su aplicación a nueva producción, lo que determina las diferencias de ritmo y las condiciones de equilibrio en el crecimiento. Y progreso es en definitiva incremento de bienes de capital.

No es, pues, el ahorro el determinante de la inversión, sino que ésta genera aquél. Y lo genera en cada instante del proceso productivo por cuanto al productor no le es dado, ni en la economía capitalista, ni en la socialista, consumir todo el valor del producto.

La identidad ahorro e inversión es absoluta, en términos reales y en apreciación macroeconómica; y no un simple truísmo de la ecuación keynesiana. La desigualdad surge al cambiar el valor de la producción por dinero, tanto en la parte de remuneración del productor como en la que se atribuye al empresario o al capital.

El valor constante en términos monetarios, de una y otra parte, asimila el concepto de igualdad ahorro e inversión del *Treatise on Money*, al de la *Teoría general*.

Tomar como punto de enfoque la relación de demanda efectiva a incremento de productividad, es más realista en mi concepto que las comparaciones *ex ante* y *ex post*.

Y por ello los conceptos “propensión a la liquidez” o “propensión a invertir” salen de nuevo al primer plano como conceptos fundamentales del equilibrio en el proceso de la acumulación del capital y del crecimiento.

En ello, en definitiva, estriba la razón última de los desequilibrios en el proceso de crecimiento, la inflación y el desempleo. Y ello es el fundamento económico también del subdesarrollo.

Nos proponemos tratar de explicar este tema con mayor amplitud en otra ocasión, y examinar por tanto los factores monetarios, o las políticas monetarias del crecimiento.

Volviendo a los escritores a que hemos hecho referencia en el curso de estas lecciones, podemos observar lo siguiente:

Harrod postula la inestabilidad del crecimiento, en razón al factor ahorro, o mejor dicho, a las variaciones de la propensión al ahorro.

Domar trata de explicar el crecimiento equilibrado, por la comparación del incremento de la demanda, como demanda efectiva en sentido keynesiano, con el crecimiento de la oferta *determinada por la productividad*.

Kurihara critica a ambos, por suponer que no toman en cuenta el papel de la inversión autónoma, esencial en Keynes; para fijarse más en el efecto inducido a la inversión, que promueve la propia productividad de la inversión y la propensión a ahorrar.

Kalecki y la señora Robinson, como Kaldor, llegan a una elaboración más completa, en la que las variables autónomas de Keynes se hallan determinadas por el proceso de crecimiento mismo. Y en mayor aproximación al marxismo, hacen depender el crecimiento y su equilibrio en el crecimiento de la fuerza de trabajo, con el aditamento del crecimiento de la productividad, fruto de la innovación técnica que está sobrentendida en todos los modelos, aunque más destacada como elemento esencial del crecimiento y de su equilibrio, en Kalecki y Kaldor. Para ambos los demás elementos, incluso ganancia y salario, están determinados también por el incremento de la producción.

A pesar de la complicación técnica que hemos tratado de describir de modo sumario, en las conferencias anteriores, el proceso de crecimiento y sus determinantes no pueden ser más racionales ni más sencillas de comprender. En efecto:

El incremento de la productividad de la fuerza de trabajo y el exceso del producto sobre el consumo, permite la acumulación de capital, que dota de instrumentos al trabajo para aumentar el acervo de bienes de producción y de consumo y mejorar la relación de productividad.

Nada de racional se opone al hecho del progreso. Su avance continuado y su ritmo más o menos acelerado, dependen del equilibrio de las determinantes que hemos tenido ocasión de describir en cada una de las formulaciones descritas y que en lo esencial son coincidentes.

Su ritmo depende de la intensidad de los factores descritos: crecimiento de la fuerza de trabajo; incremento de la productividad y acumulación de capital, en el sentido de excedente económico aplicado a inversión.

En definitiva, *voluntad social y económica de crecer*, expresada según la fórmula de Kaldor, como capacidad para absorber las innovaciones técnicas, con el sentido de mejorar la productividad del trabajo. Tal formulación por sí sola implica ya las dos segundas determinantes, incremento de productividad y aplicación del excedente a la inversión; y estimula la primera, determinando el crecimiento de la fuerza de trabajo.

Para que el crecimiento pueda ser continuado, esto es, estable, y con ritmo continuadamente ascendente, que es también condición para que pueda ser estable, *es decir en movimiento uniformemente acelerado* (como la caída de los graves), se requieren condiciones de equilibrio entre los distintos factores.

Los desequilibrios en el crecimiento surgen según la fórmula Harrod-Domar, del lado de la demanda, por exceso en el incremento de la demanda efectiva sobre el incremento de la productividad, alza de precios, inflación, más propio de los países subdesarrollados; y del lado de la oferta, por exceso del incremento de la productividad sobre el de la demanda efectiva, tendencia al estancamiento, y desempleo keynesiano, más propio de los países de economía avanzada.

En la explicación de Kalecki (quien en el fondo, considera las fuerzas del crecimiento más tendientes a un efecto equilibrador que desequilibrador), surgen por efecto de monopolio, que al elevar los precios sin ajustarlos al incremento de la productividad, produce un efecto similar al del atesoramiento; esto es, defecto del crecimiento de la demanda efectiva, que reduce la tasa de la acumulación real de capital.

Para la señora Robinson más influida por el marxismo, la inestabilidad surge por la dificultad de mantener la tasa de crecimiento del salario que hace que el mercado de vendedores llegue a su fin y desanime la inversión.

Tales diferencias como fácilmente se observa, no son sustanciales, sino que por el contrario, muestran la coincidencia general de opinión respecto a los factores del progreso y a las posibilidades, más o menos endógenas, de lograr el crecimiento equilibrado.

Poco a poco van siendo depuradas y superadas por el análisis ulterior.

En realidad, tales diferencias no consisten sino en que cada uno de los analistas referidos, hace más énfasis sobre uno de los factores respecto a los otros; dependiendo del ángulo de observación en que cada cual se coloca. Y, por lo tanto, a la hora de la aplicación práctica, es seguro que una observación realista obligue a considerarlos todos y cada uno, acentuando la significación de alguno o algunos de ellos sobre los demás, en relación a las circunstancias de cada caso y momento.

Todos, sin embargo, coinciden, y el lector lo podrá observar también, en que las dificultades y los obstáculos pueden ser superados, o por lo menos, aminorados sustancialmente, mediante una política económica inteligente, que no se obstine en vivir fuera de la realidad.

La acción del Estado como director de la economía, especialmente en el orden de la dirección de la inversión, es reconocida por todos. Y sin que ello implique necesariamente, ni socialización total o parcial de los medios de producción, ni la planeación rígidamente estatal de la actividad económica.

El que convenga aceptar una u otra, es un problema de apreciación, que hace depender la intensidad de la acción gubernamental, como es lógico, de un lado, de la eficiencia de los empresarios para usar inteligentemente el margen del valor de la producción sobre el consumo, que el sistema capitalista pone en sus manos; y de otro, de que el Estado pueda y sepa ser verdaderamente eficiente en el desempeño de sus cometidos.

Y a mi modo de ver, la hora del progreso del mundo puede ser tan propicia, que nos obliga a juzgar en todos y cada uno de los casos, en que de modo general o particular se nos presente este problema, con plena y racional conciencia, con espíritu científico objetivo; sin dejarnos arrastrar por el camino peligroso de las creencias o las convicciones apriorísticas.

X

Os pido ahora que meditemos respecto a la enorme distancia en que nos encontramos al formular la teoría contemporánea del progreso, con respecto al pensamiento económico dominante; fruto, o más bien, restos sueltos de una teorética económica totalmente superada, tanto en el análisis científico, como por la realidad de los hechos.

Sin hacer una digresión, esto es, sin romper la unidad de nuestra exposición, ni siquiera podríamos darles entrada o consideración en estas conferencias.

Y, sin embargo, es menester hacerlo (aunque sea de pasada; ya que las construcciones teóricas examinadas se encargan de mostrar su invalidez). Porque la verdad es, y es una verdad que nos abruma de responsabilidad, que uno de los principales obstáculos al progreso, es en gran parte un obstáculo ideológico, fruto de tales ideas y de tales conceptos que ha llegado a formar en la conciencia de los economistas prácticos, como de los hombres de negocios, la convicción de que el margen de progreso depende de condiciones naturales casi fatales, que restringen y condicionan gravemente la posibilidad de los países para mejorar su bienestar. Y ello es tanto más incomprensible cuando la historia del progreso del mundo y los hechos más recientes de reconstrucción y desarrollo, muestran lo contrario.

Aunque no tengamos sobre nosotros la responsabilidad de llevar la dirección de la política económica, nos corresponde, como universitarios, la tarea de la investigación y de la formación de las ideas económicas, que habrán de servir a la opinión pública y a las clases directoras, para mejor orientar la vida de los pueblos.

Aunque se habla mucho de desarrollo, el pensamiento económico dominante sigue siendo estático. En el fondo, parte de la convicción de un acervo existente e invariable de recursos naturales, fuerza de trabajo dado por sí mismo, y no en función del crecimiento; de un volumen de capital preexistente; y de la necesidad de un ahorro previo, con el que se pueda llevar a cabo la inversión. Es decir, elimina la interacción dinámica de estos elementos.

Hemos visto bien claro, que estas apreciaciones que se consideran reales, son las menos realistas de todas, pues el crecimiento es un hecho y según ellas no habría crecimiento posible.

La teoría del equilibrio, nunca pretendió ser otra cosa que una abstracción para el análisis económico. De abstracción ideal pasó a ser considerada como realidad, como frecuentemente sucede con las ideas, especialmente después de muertas.

Postula como objetivo de la acción política, la estabilidad de los precios; cuando es sabido que la historia del progreso de la humanidad va asociada a la depreciación secular del valor del dinero. Y cuando es cierto

que, a corto plazo, el crecimiento equilibrado no es posible, sin un avance moderado, de los niveles generales de precios.

De aquí, se generaliza y extrema la conclusión, para llegar a afirmar que el crecimiento y la inversión llevan aparejados una inflación perturbadora. Y someten a la anatema de inflacionistas o devaluacionistas, a cuantos postulamos un mayor progreso como posible.

Olvidan que ellos mismos postulan un mayor progreso, aunque no siempre lo consiguen con sus métodos de trabajo.

Olvidan también que la inversión sólo es inflacionista, si no aumenta la productividad, y que por el contrario acelera el progreso, si el incremento de la productividad que procura, iguala a la demanda para consumo que crea.

Olvidan también, que las grandes espirales de inflación, precios-salarios, sólo se han dado en la historia como consecuencia de grandes guerras o catástrofes internacionales, o políticas, o en motivo del exagerado gasto en inversión no productiva por motivos suntuarios, o para el esfuerzo de mantener sus niveles de vida a los países monoprodutores a la caída de los mercados de sus productos principales de exportación.

Y en muchos casos, se han logrado aminorar sus efectos, y en todos hubieran podido ser reducidos, con una política más inteligente, de balancearla con el incremento de la productividad, o frenando la inflación de salarios, sin la cual la de precios pronto llega a su fin.

Considera que la inversión se ajusta al ahorro por la oferta en el mercado, cuando es sabido que la inversión al realizarse genera ingreso con efecto multiplicador, y el efecto de incremento del ingreso, determina el incremento del ahorro.

Asociado directamente al peligro inflacionista de la inversión, surge la tesis de que la inversión pública se tiene que hacer necesariamente a expensas del ingreso fiscal. Y que el presupuesto deficitario es sinónimo de inflación. Olvidan la diferencia entre gasto e inversión. Si la inversión es improductiva —lo mismo da que sea pública que privada, y que se haga con ingreso fiscal que con déficit— producirá incremento en la demanda por encima de la productividad. Aun en el caso de la inversión pública directamente improductiva, puede ser ésta equilibradora, si sirve para estimular la demanda efectiva, en caso de su deficiencia; o si estimula, en medida suficiente, el incremento de la productividad en otros sectores.

Considera los costos comparativos como factor esencial del equilibrio internacional, olvidando que el incremento del ingreso, y con ello el incremento del poder de compra, hace muy difícil que el equilibrio del comercio exterior se produzca en los términos de la teoría clásica.

Todos estos puntos de vista se originan desde el ángulo puramente monetario con que se observa la economía. (Enfermedad infantil de la economía y de los economistas, por la que muchos hemos pasado.)

La construcción monetaria parte de la famosa ecuación de Fisher, allá por el año 1913, según la cual, el volumen de circulante por la velocidad de circulación, es igual al volumen de las transacciones ($MV = T$). Y de ahí que el volumen del circulante determine el alza y la baja de los precios, costos, salarios, ganancias e inversión. Y por lo tanto, cuando el equilibrio se rompe, presionando el circulante por restricciones se puede llegar a un nuevo equilibrio interno y exterior, vía descenso de los salarios, costos y ganancia.

Es curioso que cuando esta teoría apareció los que hemos alcanzado aún su época de boga activa, todavía recordamos las frenéticas protestas con que nuestros padres la recibieron como irreal y revolucionaria. Hoy que la crítica la ha abandonado como una simple tautología, sigue pesando; y los perturbadores y revolucionarios somos los que no la tenemos por válida.

Supone que el dinero puede ser redundante o escaso y compete a la banca central regular su volumen, cuando el dinero se ajusta inevitablemente al grado de actividad económica.

Olvidan que según la misma teoría, el dinero se ajusta automáticamente al volumen de las transacciones, por aumento de velocidad, y por ende, alza del tipo de interés. Por consiguiente, la *acción* de la banca central es ninguna, como acción directa sobre los precios.

Nadie, ni en la época de más espectacular entusiasmo clasicista pre-keynesiano, ha pensado otra cosa que en la acción del tipo de interés a corto al influir sobre él a largo plazo, influía en la inversión. Es decir, por paradoja, la acción de la banca central para operar sobre la demanda tiene que operar sobre la oferta, de la que aquélla depende.

Es bien sabido, que la acción monetaria que casi nunca sirve para estimular la actividad es, en cambio, arma muy poderosa para frenar el crecimiento; pero nunca consigue estabilizar los precios, si no es a expensas de reducción radical del crecimiento y a niveles tan ínfimos de empleo y salarios que ninguna comunidad civilizada osaría promover. ¿Y con qué fin?

Una acción monetaria a mitad de camino significa, como dice Kaldor, con gracejo, el que los ministros de Hacienda y los gobernadores de los bancos centrales "con habilidad parecida y la seguridad de tacto de un bailarín en la cuerda floja" logran mantener la ocupación a un cierto nivel requerido, que ni fuere corto ni exageradamente elevado.

Es muy curioso que las bases de la teoría del crecimiento, o sean los principios básicos keynesianos, fueran expuestos en esta escuela hace quince años por un hombre de alta cultura y sagaz político que las escribió después de una larga experiencia como Ministro de Hacienda, en la que la inteligencia de los principios del crecimiento, le permitieron sacar a la economía mexicana de su estancamiento, superar una grave crisis y poner las bases de la economía moderna de nuestro país.

No es raro, y ello completa el cuadro técnico, que coincidiera con la

revolución agraria mexicana, que aunque quizás no haya aún producido los frutos plenos de su significación económica, el aumento de la productividad de la parcela ejidal, ha liberado grandes proporciones de tierra, que merced a los trabajos de irrigación emprendidos por aquel Gobierno y los que le sucedieron, ha aumentado la productividad agrícola general (y creado las bases para un considerable incremento ulterior; y a costos muy bajos de inversión adicional. De lo que puede razonablemente esperarse el "despegue" de la economía nacional a un franco crecimiento).

Debe decirse en nuestra disculpa, que este fenómeno no fue sólo nuestro. Hubo un movimiento paralelo en los Estados Unidos a raíz del fin de la guerra, con el establecimiento de las famosas agencias internacionales, Fondo Monetario y Banco Mundial, que desviadas, desde su origen, del pensamiento keynesiano que les dio vida, ejercieron poderosa influencia sobre nuestros economistas contemporáneos. Y hasta hoy, en los Estados Unidos, no empieza a advertirse la vuelta al buen camino.

XI

No vayamos a creer (lo que por otra parte sería crítica fácil) que el crecimiento puede ser tan fuerte y tan rápido como fuera de desear.

Aun en la construcción optimista de Kaldor, muestra sus propias limitaciones.

En primer lugar, el concepto de Kaldor, capacidad para absorber la innovación técnica, presupone en primer lugar, ajuste de situaciones sectoriales de baja tasa de crecimiento, normalmente la agricultura; porque como el mismo Kaldor expone, la tasa de crecimiento general está limitada por el sector de crecimiento inferior.

La habilidad y adiestramiento de la mano de obra, las condiciones de instrucción, las limitaciones efectivas en los incrementos esperados en la productividad, la decisión de los empresarios en la adopción de nuevas técnicas, la proporción del equipo instalado en condiciones de semiobsolescencia; y la falta de condiciones básicas, como transportes y servicios de comunicación en general. Y sobre todo, las condiciones de cultura de obreros y empresarios, son factores limitativos contra los que hay que luchar.

En segundo lugar, el factor limitativo por excelencia en condiciones de economía abierta, es la presión que se origina en forma desfavorable sobre el balance de comercio con el exterior.

En efecto, el incremento del ingreso, al incrementar la demanda, incrementa también generalmente la demanda de bienes del exterior, tanto en bienes de producción como de consumo.

Este desequilibrio tiene que ser estructural, cuando una economía poco desarrollada comercia con otra de alto nivel.

La segunda se suele caracterizar en que propende al desequilibrio por-

que su productividad, avanza más que la demanda efectiva, lo que le impulsa a vender. Mientras que en la economía poco desarrollada, sus desequilibrios consisten en que la tasa de crecimiento de la demanda efectiva avanza más que la de la productividad, lo que impulsa a comprar.

Cuando ambas estuvieran en perfecto crecimiento equilibrado, cesaría teóricamente el problema. Pero esto es verdaderamente difícil de suponer en la realidad. Sólo una clara comprensión de la cooperación internacional puede aliviar el problema.

Algo así había sido intuido por la teoría clásica del comercio internacional; aunque por análisis deficiente cargaba el equilibrio o desequilibrio fundamentalmente a las situaciones comparativas de los precios. Y hay que reconocer que en los tiempos que precedieron a la primera Guerra Mundial, el sistema de comercio internacional funcionó mejor; sin duda por la razón apuntada (aparte de otras razones de movilidad del capital, etcétera); porque no es obstáculo a este supuesto de equilibrio entre dos países, el que el crecimiento equilibrado de un país sea alto, y el del otro muy reducido. Por fin, el desequilibrio con el exterior no es otra cosa que efecto del exceso interno de la demanda sobre su propia oferta.

No es difícil demostrar en cualquier momento de una economía en crecimiento, que el desequilibrio del balance de mercancías es estructural. Pero esta deficiencia estructural endémica, no se puede corregir por devaluaciones, que sólo son aplicables a los casos estructurales temporales (diríamos mejor no estructurales). Prueba de ello es que en las propuestas keynesianas de Breton Woods, se estableció el Banco Mundial, para tales fines, llamándolo, y no por casualidad, Banco de Reconstrucción y Desarrollo.

El que esta institución apenas haya trabajado, no desvirtúa la idea matriz de su fundación, esto es, suplir las deficiencias estructurales de balance de pagos, que determina el crecimiento de los países atrasados, que tienen que comerciar con aquellas economías de alto nivel.

El préstamo internacional, del país o países avanzados de mayor comercio, es tanto su necesidad como su conveniencia. Siendo característica normal de éstos el exceso de productividad sobre su demanda efectiva, del mismo modo como en el orden interno, la utilidad del excedente económico no se realiza mientras no se opera la inversión; en el orden internacional conviene trasladar al exterior por vía de préstamo de cobro diferido, el excedente no invertido. Con ello el país avanzado equilibra mejor su crecimiento, aumentando su demanda efectiva, y favorece a la vez el desarrollo de los demás, con ganancia para la estabilidad del crecimiento económico universal. El país prestamista realiza un beneficio; el provecho del prestatario depende, como en todo caso de inversión, en cuanto mejore su productividad interna.

En cuanto no sea así, es menester acudir a medidas de control de im-

portaciones, en definitiva sobre los mismos principios del *Sistema nacional* de List, que fueron la base del crecimiento industrial de Alemania, y rigurosamente aplicados en el desarrollo inicial de la economía norteamericana.

Cuanto mayor sea el efecto que se obtenga de las defensas del comercio exterior y mayores las ayudas del préstamo externo, más elevada podrá ser la tasa de crecimiento.

Dentro del límite que procuren estas defensas y del momento de la ayuda externa, podrá crecer la demanda efectiva; medida en este caso por el monto de la misma, que habitualmente se dedica a importaciones no compensadas por los ingresos externos normales.

En todo caso constituye un límite al crecimiento. Si excediera del marco descrito, la tasa de crecimiento tiene que ser reducida. Pero en ningún caso, parece técnica apropiada la de comprimir indiscriminadamente la demanda efectiva por restricción monetaria y alto tipo de interés; porque para afectar a la demanda misma, es menester reducir la inversión productora y en especial a la de los sectores de consumo e inversión más necesarios, que son los que por lo común ofrecen menos ganancia a los empresarios. Con ello se acentuará más la disparidad, en vez de corregirla.

Es más adecuado, formular programas de inversión, en los que se mida el monto esperado de la tasa de crecimiento, seleccionando cuidadosamente aquellas inversiones de mayor productividad directa y derivada, y de menor efecto en la tasa de crecimiento de la demanda efectiva.

XII

Como complemento hagamos algunas consideraciones de aplicación de los principios del crecimiento, al desarrollo económico, o mejor dicho, al desarrollo de las economías poco desarrolladas.

Es frecuente señalar como diferencia, quizás demasiado general, pero sí bastante ilustrativa, entre economías de alto avance y países subdesarrollados, que en los primeros, el problema principal consiste en defecto de la demanda efectiva relativamente a alta productividad; lo que desanima a los empresarios y reduce más la inversión. Mientras que en los países subdesarrollados, la productividad es baja relativamente al crecimiento de la demanda efectiva; lo que en definitiva significa inflación.

Pero así como en el primer caso, a nadie se le puede ocurrir reducir la productividad; en el segundo tampoco es tratamiento equilibrador reducir el crecimiento, presionando la demanda a la baja. En ambos casos, el tratamiento es el estímulo de la inversión, o la inversión autónoma. Pero eligiendo el carácter de la inversión con distinta finalidad y criterio, a saber, la inversión keynesiana para expansionar la demanda efectiva, en los países avanzados, aun cuando no fomente demasiado la productividad. Y en los países de subdesarrollo, eligiendo como ya hemos apuntado, la inversión

de máxima y más inmediata productividad, relativamente al incremento de la demanda efectiva que provoque.

Decíamos que esta diferenciación es demasiado general, pues es frecuente que en economías de cierto crecimiento, pero insuficientemente desarrolladas, pueden coexistir y con frecuencia coexisten, las dos clases de desequilibrio, el defecto de la demanda efectiva, con cierto grado de desempleo keynesiano, y la baja tasa de productividad, con desempleo marxista o disfrazado en el sentido de Nurkse.

Cuando la demanda efectiva es deficiente y al propio tiempo se practican restricciones monetarias para combatir la inflación, es más verosímil atribuir esta deficiencia a la banca central y al alto tipo de interés que a la falta de espíritu emprendedor del país.

La coincidencia de ambas deficiencias, la de la demanda efectiva y la de la productividad, tiene que ser sectorial; y por ello no lleva aparejada, como resultaría en simple razonamiento lógico, la estabilidad del crecimiento. Pero desde luego, *combinando* ambos efectos se reduce indudablemente la tasa de crecimiento que viene dominada por el sector de mayor retraso, como ya hemos apuntado.

Y así se da el caso paradójico de que en economías subdesarrolladas, existan y puedan existir capacidades instaladas de producción no utilizadas plenamente, y al propio tiempo el que la falta de productividad se traduzca en inelasticidad estructural de la oferta y, por lo tanto, en efectos inflacionistas que se transfieren de los sectores de baja productividad a los de más alto ingreso, con alza de las utilidades no ganadas, vía aumento de precios. Se acentúa así la desigual distribución del ingreso, que desvía la inversión a los sectores especulativos e industrias de lujo, con progreso de los grandes núcleos de población y con menor elevación de los niveles de vida de los sectores básicos de baja productividad.

XIII

De este cuadro, se deducen fácilmente algunas consideraciones principales, entre las muchas que pueden hacerse, en materia de lo que se ha dado en llamar por Hirschman "estrategia del desarrollo".

En primer lugar, es común sentir de todos cuantos se ocupan del desarrollo económico, el abandono de la política del *laissez faire*; que ni puede asegurar el crecimiento, como esperaban los fundadores de la ciencia económica, ni garantiza la estabilidad del mismo.

La crítica de las contradicciones del sistema liberal que nos hizo Kaldor en las tantas veces referidas conferencias, es en mi concepto la apreciación más exacta que he leído entre la profusión de literatura sobre la materia. No es menester insistir más en ello.

Sin embargo, no son tan claros a mi parecer los argumentos de los

que postulan una planeación económica rígida. Camino más práctico es estimular la inversión en el sistema económico en funcionamiento, en que cada país vive.

Esto es, procurar invertir mayor proporción del producto bruto; conseguir la más alta rotación posible inversión-producto; haciendo el crecimiento del consumo, inferior al del ingreso, para procurar que se iguale a su oferta respectiva; y así proveer de los medios de producción que completen la deficiencia de capital. Ello no implica, ni debe implicar, estabilizar el crecimiento del consumo en las clases más modestas, sino al contrario. Y presionar, en lo posible, por vía fiscal (*expenditure tax*) el consumo suntuario.

Es claramente conveniente acentuar por políticas, de tipo bajo de interés, la diferencia entre la ganancia y el costo del dinero.

Una organización bancaria ortodoxa y lo más neutral posible, en el sentido de que la capacidad de creación de medios de pago, sea el correlativo indispensable del efecto multiplicador de la inversión, lo que fue, a mi parecer, lo que hizo posible el crecimiento económico generalmente satisfactorio de los años que precedieron a la primera Guerra Mundial.

Es decir, el ajuste de ahorro e inversión que se operaba aparentemente a través de los mercados, con pequeños ajustes a corto plazo de los tipos de interés, era sólo posible porque la banca comercial o de depósito ortodoxa, creaba medios de pago en la medida necesaria al incremento del ingreso, efecto multiplicado de la inversión, ajustándose precisamente a las transacciones de las mercancías, y a corto plazo, para evitar los *stocks* excesivos.

“Pues la teoría cuantitativa, como dice Keynes, sólo es válida cuando el volumen circulante coincide con la demanda efectiva.”

Para corregir la mala dirección de la inversión hacia el campo especulativo y las industrias de lujo, motivada esencialmente por la mala distribución del ingreso, los correctivos fiscales son sencillos y adecuados, vía gravamen o reducción de tasas a las producciones más necesarias, sobre todo, a las que hagan frente al consumo elemental.

La inflación como método de estimular el proceso productivo, no se recomienda, porque tiene más inconvenientes que ventajas, especialmente en las economías subdesarrolladas, que ya de por sí propenden a ella, por las deficiencias en el crecimiento de la productividad, que se manifiesta por la inelasticidad de la oferta.

Corregir en lo posible la inflación que ha de acompañar el proceso de crecimiento, es indispensable. Pero su corrección no es indicada por vía monetaria, que la experiencia universal muestra que no la logra corregir y en cambio reduce la tasa de crecimiento. Es más fácil corregirla conteniendo el alza de salarios, en lo que no justifique el alza de la productividad. Ello es suficiente porque cuando el alza de los precios no se

traslada al alza de los salarios, la disminución de la demanda que la propia alza de precios determina, corrige a la larga la inflación. Esta política va ganando terreno en los países altamente desarrollados (el Secretario del Tesoro Norteamericano, Dillon, ha hecho declaraciones muy interesantes sobre este particular); y es la justificación y la práctica de la política de salarios de los países socialistas.

Una cierta alza del salario mínimo en el sector agrícola y en sectores similares puede ser, sin embargo, recomendable; especialmente en cuanto estos sectores tengan retribución inferior a la que corresponda a la tasa promedia general de incremento de la productividad. Si va acompañada del incremento de la productividad agrícola y de la reducción del interés, como factor grave del costo de la empresa agrícola, es indudable. Y ello, con el efecto inmediato de transferir demanda a los sectores de producción de bienes de uso elemental, que tengan capacidades productivas no utilizadas.

Es esencial el incremento de la tasa de productividad agrícola en todos los sectores, especialmente en el ejidal, mediante una mayor elevación de la tecnificación (selección de semillas, fertilizantes e insecticidas, ganadería y crédito a largo plazo).

Una decidida acción en este sentido, aprovechando los esfuerzos de inversión ya realizados en materia de irrigación, puede ser tan efectiva, que por sí sola resuelva todos los problemas principales de nuestro crecimiento. Nada mejor, porque no sólo se eleva la tasa de crecimiento general sino, también, porque permite esperar fuertes incrementos de productividad, con mínimos efectos sobre la disparidad entre la demanda efectiva y la oferta.

De cualquier forma, todos los escritores que tratan problemas de desarrollo recomiendan la inversión autónoma del Estado, que se considera especialmente indispensable en las economías subdesarrolladas, tanto para acelerar el crecimiento, como para corregir los desequilibrios del crecimiento mismo.

Pero a mi parecer no se puede olvidar que la inversión pública tiene el carácter de inversión "autónoma" y que su misión no es sólo complementar el defecto de la "inducida", sino procurar que también estimule el crecimiento inducido de la inversión privada.

Es difícil en una economía poco desarrollada prescindir de ella, pero tampoco es conveniente prescindir de la privada que induzca, ni dejar de medir el efecto de aquélla, para calcular el crecimiento general. Cuanto mayor sea el efecto inductor, menor tendrá que ser el esfuerzo de la pública, o mayor su impacto en el crecimiento general.

Nada más erróneo, por otra parte, que tratar de compensar el efecto en la demanda efectiva que la inversión pública promueva, con restricciones monetarias a la privada, pues ello acentúa la presión inflacionista en

vez de corregirla, ya que la pública que por lo general va enderezada a obtener medios de producción y a largo periodo de tiempo, si no va seguida de la producción más intensa aún de medios de consumo, que es a lo que una buena parte de la privada propende, acentúa la disparidad entre demanda y oferta.

Es decir, si los recursos monetarios que se dediquen a la inversión pública, se retiran de la privada, el efecto inflacionista es igual que el del "sobregiro", en la Banca Central, si la inversión pública no incrementa la productividad total. Y además, se reduce la tasa de crecimiento.

Cuando el volumen de la inversión pública, sumado a la privada inducida, tenga que ser limitado en razón a las consideraciones antedichas, que limitan la tasa de crecimiento, la pública debe dirigirse preferentemente al establecimiento de condiciones generales económicas indispensables al desarrollo.

El grado de preferencia de una inversión pública a otra, en razón a su lapso productivo, puede depender, en gran parte, de la relación de incremento de la productividad de la privada, respecto a la tasa total de crecimiento de la demanda efectiva.

En el mismo orden de ideas, la preferencia general de la inversión hacia bienes de producción, depende de una parte de la velocidad que se quiera dar al crecimiento; de la posibilidad y conveniencia de restringir el consumo, y del grado de alza de precios que pueda soportar la economía, sin incurrir en la espiral precios-salarios, o más bien utilidades-salarios, como diría Kaldor.

No espero haber podido dar solución a los temas apenas esbozados en estas conferencias; pero si he logrado la presentación de un inventario de problemas, a cuyo estudio ulterior os sintáis atraídos, creo haber cumplido el encargo con que me honró el Director de la escuela.